

➤ El criollismo de Ulises. Apuntes histórico-justificativos de un autor-narrador en la obra autobiográfica de José Vasconcelos

Alejandra Silva Carreras
Congreso de la Unión, México

Resumen: La obra autobiográfica de José Vasconcelos *Ulises Criollo*, más allá de la anécdota histórica y la experiencia personal del autor en la primera etapa del episodio revolucionario en México, se configura como un documento eminentemente político que contiene la ideología hispanoamericana del criollismo vasconceliano, el cual muestra un proyecto nacional y latinoamericanista que busca influir a su lector a fin de que este incurra en la política y reencause el rumbo de la nación conforme a los ideales de Vasconcelos y la ideología hispanoamericana de Lucas Alamán. Por ello, el presente artículo refiere algunas de las directrices discursivas que se encuentran veladas a lo largo de todo la obra a fin de mostrar su carácter político y social.

Palabras clave: José Vasconcelos; Lucas Alamán; Criollismo; Hispanoamericanismo; Política; México; Siglos XIX-XX.

Abstract: The autobiography of José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, beyond the historical anecdote and the experience of the author, is a literary text that contains a political discourse. Vasconcelos not only reveals his personal story in the Mexican's revolutionary movement, he also reveals the ideology of Lucas Alamán, his Hispanic ideology and his Nation project. There for the text presents itself as a political document that communicates the *criollo* ideology to the reader. The text as a discourse, communicates Vasconcelos's thinking in order to modify the reader's attitude and invite him to participate in politics, taking as the truth Vasconcelos's point of view. That's why the present text analyzes the *criollo* discourse in order to show the politic discourse of the text.

Keywords: José Vasconcelos; Lucas Alamán; Criollismo; Hispanic; Politics; Mexico; 19th-20th Centuries.

“Una obra, igual que una réplica del diálogo, está orientada hacia la respuesta (de otro), hacia su respuesta comprensiva, que puede adoptar formas diversas: intención educadora con respecto a los lectores, propósito de convencimiento, comentarios críticos, influencia con respecto a los seguidores y epígonos etc., una obra determina las posturas de respuesta de los otros dentro de otras condiciones complejas de comunicación discursiva de una cierta esfera cultural” (Bajtín 2005: 295).

Si bien es conocido que la prosopopeya (De Man 1984) es la figura retórica de la autobiografía por antonomasia, toda obra del yo contiene a su vez una conciencia pública que no prescinde de la historia (Pozuelo Yvanco 2006); a diferencia de la ficción, esta se configura a partir de fenómenos cognoscitivos en donde el recuerdo y la memoria intentan dar coherencia a un pasado personal a través del acto de escritura. Lo cual permite la creación de un relato dual en el que la ficción se conjuga con la historia para conformar una literatura compleja, llena de constructos imaginarios y justificaciones públicas de autor.

La obra autobiográfica de José Vasconcelos —*Ulises Criollo* (2000)— no es la excepción. Ambas disciplinas amalgamadas lo mismo evocan perspectivas filosóficas que reflexiones personales sobre lo que fue o pudo haber sido su autor. A través de una prosa exacerbada en adjetivos, Vasconcelos parece justificar su existencia y —en el marco de la crisis política del Maximato callista—¹ motivar una movilización política con la finalidad de reencauzar el rumbo de la nación conforme a sus ideales. Es decir, marca el texto con una cicatriz que no permite deslindarlo de sus dimensiones sociales, como ya lo refirió Liliana Weinberg:

Toda interpretación del Ulises vasconceliano quedará signada por esa cicatriz [del criollismo] que nos obliga a dar dimensión histórica y contextualizar al héroe a partir de las coordenadas espacio temporales de lo mexicano, lo americano y lo colonial: la marca del mestizaje, la incorporación de América al concierto mundial a partir de una relación hegemónica, y por tanto desigual (Weinberg 2000: 713).

Si bien es claro que toda obra autobiográfica está dotada de elementos ficcionales, como bien lo advierte Weinberg, el apelativo *Criollo* inscrito en el título de la obra establece una relación concreta con el pensamiento político-social de Vasconcelos, mismo que supera los linderos del paratexto para postular al *Ulises Criollo* como una defensa de la ideología latinoamericana, pues el texto, además de contar la experiencia de un yo en el marco de la Revolución Mexicana, construye un discurso histórico-justificativo que tiene por fin movilizar a su lector.

Por ello, el presente artículo se centra en el análisis de los apuntes comunicativos del autor y estudia el trasfondo ideológico latinoamericanista inscrito en la autobiografía de Vasconcelos a fin de intentar demostrar que la obra, más allá de la anécdota histórica se configura como un texto eminentemente político.

1. La convicción criolla en el prólogo a la obra

El paratexto de una obra —si bien ha sido utilizado de diversas formas en distintas épocas— ha funcionado como una justificación de autor respecto de su texto porque es

[...] una de las estrategias verbales preliminares de las que se vale el autor para comunicarse en nombre propio y sin intermediación (aparente) con el lector, y la más importante de ellas, es la instancia por medio de la cual aquél abre las puertas para que el lector se introduzca en el texto y en donde le participa su visión de la obra que le presenta (Stoopen 2005: 97).

1 El Maximato: periodo histórico que va de 1928 a 1936 en el cual el ex presidente Plutarco Elías Calles funge como “jefe máximo de la Revolución” y gobierna de facto México.

Por lo general, los prólogos son una reflexión hecha *a posteriori* en donde el autor justifica, explica y marca algunas líneas temáticas a fin de que el público cuente con herramientas necesarias para entender la obra, pues en términos de Gérard Genette “su función cardinal [es] la de asegurar al texto una buena lectura” (Genette 2001: 168) y por ello, expresa una primera intención crítica sobre el producto creado.

Si bien el lector puede libremente interpretar, seguir o no las líneas autorales establecidas en el paratexto, este presenta una visión específica que invita a conocer la obra desde la postura personal del autor.²

En *Ulises Criollo* la “Advertencia” es especialmente sugerente porque marca cada una de las directrices autobiográficas, por un lado refiere la imposibilidad de entender al autor a través del personaje y por el otro se explica el símil que se establece con la *Odisea* en el título. En lo que respecta al apelativo criollo (cuyo significado está ligado con la cultura y la ideología hispanoamericana de Vasconcelos) el apunte es especialmente sugerente porque encierra una gran gama de significados históricos y políticos que se hallan presentes a lo largo de toda la obra; más que una simple explicación que muestra una primera lectura del texto, establece un canal de comunicación con el lector, en el cual concentra de manera un tanto velado algunos de los pensamientos más importantes de Vasconcelos, como se observa a continuación:

[...] el calificativo Criollo, lo elegí como símbolo de un ideal vencido en nuestra patria desde los días de Poinsett cuando traicionamos a Alamán. Mi caso es el de un segundo Alamán hecho a un lado para complacer a un Monrrow [*sic*]. El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico, el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia; tales son los elementos que han librado combate en el alma de este Ulises Criollo, lo mismo que en cada uno de sus compatriotas (Vasconcelos 2000: 2).

En este párrafo de tan solo siete líneas Vasconcelos refiere un trasfondo político-histórico que permite entender y observar su obra desde el pensamiento de Lucas Alamán, pues su mención tienen por fin recordar un episodio histórico en el cual el autor funda todo el pensamiento de lo criollo, tanto en lo referente a la cultura hispánica como en el discurso contra el imperialismo yanqui.

La evocación del ministro de Relaciones Exteriores si bien tiene su raíz en la admiración de Vasconcelos por este, recuerda su ideología hispanista. Alamán, como político mexicano de la primera mitad del siglo XIX se destacó por un proyecto iberoamericano que, como el de Bolívar, funcionó “en pro de la creación de una comunidad de intereses integrada por todos los países latinoamericanos” (Salvador Méndez 1996: 9). Dicho proyecto, además de incluir el imperio de Brasil, se distinguió por su carácter anties-tadounidense, pues los planes integracionistas “excluían explícitamente a los Estados Unidos del sistema hispanoamericano, o iberoamericano que intentaba crear, es decir, no se trataba de un panamericanismo [...]” (Salvador Méndez 1996: 9).

2 Toda generalización es peligrosa. Si bien el prólogo suele ser una comunicación del autor en la cual este enuncia en nombre propio las percepciones de los personajes de la obra, también puede estar dotado de poca o mucha ficcionalidad, puede contar con diversos juegos narrativos porque aun en el paratexto se puede jugar con la realidad y la ficción.

Fue uno de los pocos intelectuales mexicanos que observó la independencia de México como una situación catastrófica para la nación porque esta interrumpió un proceso cultural que se había comenzado a gestar durante la colonia (la cultura hispánica). México y América Latina cayeron en un estado de ingobernabilidad en el momento en España otorgó la independencia, lo cual —desde la visión alamanista— dejó al subcontinente en una situación vulnerable que lo hacía blanco de posibles intervenciones. Su mayor enemigo fue Estados Unidos. Por ello, como servidor público intentó crear un bloque económico hispánico con la finalidad de contrarrestar el poder del país vecino.

Cuando en la “Advertencia” se hace referencia a lo criollo “[...] como símbolo de un ideal vencido en nuestra patria desde los días de Poinsett cuando traicionamos a Alamán”, se recuerda un episodio de la historia mexicana en lo que toca a la formación de las relaciones exteriores entre México y Estados Unidos. Hacia 1825 el embajador estadounidense Joel R. Poinsett y Lucas Alamán celebraron diversas reuniones con la finalidad de crear un tratado de comercio entre ambos países. El ministerio mexicano rechazó la propuesta norteamericana por considerarla desfavorecedora y creó una contrapropuesta que Poinsett a su vez objetó por no contar con los tratos preferenciales que México otorgaba los países hispánicos en materia económica. Poinsett buscó negociar dichos beneficios, pero Alamán se opuso por el desarrollo tan desigual que existía entre Estados Unidos e Iberoamérica. A pesar de lo anterior “el enviado norteamericano postuló el concepto de la unidad de intereses continentales, es decir la creación de un sistema americano” (Salvador Méndez 1996: 140), mismo que fue aceptado por el gobierno de México. Ante tal situación, el ministerio mexicano fue obligado a renunciar. De ahí que Vasconcelos diga que fue traicionado.

La alusión al episodio histórico y la derrota de Alamán frente a Poinsett supone el inicio de una relación entre Estados Unidos y México de corte desigual y hegemónica que ha perdurado desde mediados del siglo XIX y que en ciertos aspectos propició la constante participación del país del norte en la política interior mexicana. El episodio aludido por Vasconcelos en tan solo una frase, recuerda el momento en que la nación se unió a un sistema comercial panamericano que desde sus inicios fue dominado por Estados Unidos.

Al respecto de lo anterior, es importante referir que uno de los idearios de Vasconcelos fue justamente restablecer la política latinoamericana en los términos de Alamán. Buscó crear un bloque de intereses comunes entre los diversos Estados de América Latina a fin de lograr un frente económico que pudiera contrarrestar el poderío del país del norte, de tal suerte que en principio, el término criollo supone una primera crítica a la política económica dominante y a la actitud servil del Estado mexicano hacia los intereses extranjeros, pues como refiere Vasconcelos, ya desde los tiempos de Alamán se acostumbró a traicionar los ideales nacionalistas o latinoamericanistas a fin de adoptar una política obediente a los intereses sajones.

A partir de este primer episodio histórico referido en el paratexto, Vasconcelos establece una primera línea ideológica que obliga a mirar lo criollo desde la perspectiva de Alamán, al tiempo que también otorga un sentido a todas las críticas mostradas al interior de *Ulises Criollo* en lo que respecta a la cultura hispánica y el intervencionismo norteamericano.

2. La postura del criollismo y la voz del autor-narrador

La idea del hispanismo se presenta en la obra a partir de lo que significa ser mexicano tanto en el ámbito educativo como en el cultural, social y político. Si se recuerda la biografía del autor se habrá de advertir que desde muy joven Vasconcelos se enfrentó al choque cultural porque la primaria la realizó prioritariamente en una escuela de Eagle Pass, en Texas; fue ahí donde aprendió a dominar el inglés y comenzó con el estudio del francés.

Los episodios de la frontera y el inicio de su educación a través de una perspectiva propiamente sajona se narran en la autobiografía como los primeros enfrentamientos entre las ideas de la civilización frente a la barbarie: mientras en la escuela los compañeros yanquis referían la ignorancia de los mexicanos, la familia del personaje principal defendía la falta de cultura civilizada del país del norte. A través de esta narración se pueden observar diversas perspectivas al respecto de la cultura y la historia (en concreto, la guerra de independencia de Texas y la intervención de Estados Unidos en 1947) que destacan la defensa de lo mexicano frente a lo norteamericano. A su vez —en tanto a la pugna de culturas—, también se hace referencia a la oposición entre el indio y el español, dos elementos propios de la cultura nacional que constantemente se hallan contrapuestos. En este último aspecto, Vasconcelos hace referencia a un libro sobre de la conquista de México:

Un libro que me removió el interés fue el titulado “The Fair God” “El dios Blanco el dios hermoso”, una especie de novela a propósito de la llegada de los españoles para la conquista de México... Y era singular que aquellos norteamericanos, tan celosos del privilegio de su casta blanca, tratándose de México, siempre simpatizaban con los indios. Nunca con los españoles. La tesis del español bárbaro y el indio noble no solo se daba en las escuelas de México, sino también en las yankees. No sospechaba, por supuesto, entonces, que nuestros propios textos no eran otra cosa que una paráfrasis de textos yankees, y un instrumento de penetración de la nueva influencia (Vasconcelos 2000: 35).

El apunte crítico aquí presentado resulta de interés para el análisis del criollismo porque la cita permite entrever la teoría hispánica del autor, su visión educativa y su desdén por el sajonismo, pues implícitamente demerita la tesis del “indio noble frente al español bárbaro” al tiempo que apunta con ironía el “privilegio de la casta blanca”.

Si se regresa a la “Advertencia”, la frase “[...] el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado” muestra a un autor que alude de manera despectiva el ideal del indígena —bandera utilizada por algunos movimientos revolucionarios—. El indigenismo falsificado hace referencia a la construcción de una idea cultural que no necesariamente responde a la situación social acaecida en México, sino que, por el contrario, supone una tesis teórica cuyo fin esencial es servir como “instrumento de penetración de la nueva influencia” sajona como lo refiere la cita anterior y como a su vez ya lo advertía Antonio Magaña Esquivel:

[Vasconcelos] Se siente representativo del criollismo, como Alamán, y contrario al indigenismo de la Revolución, no precisamente por ser enemigo del indio, sino por oposición al imperialismo norteamericano, en el que supone la intención de utilizar ese indigenismo como propaganda destructora de la herencia española (Magaña Esquivel 2000: 905).

Frente a la cultura hispánica (dominante en México), española y por tanto también latina, Vasconcelos refiere que sus compañeros “tan celosos de su casta blanca” se inclinan en favor de la idea de un indígena inexistente. Observan al indio “bueno” en contraposición con español “bárbaro” que destruyó toda una civilización. El párrafo citado con anterioridad presenta una tesis educativa que antepone las ideas de lo americano (el indígena) contra lo europeo (el español) a fin establecer una identidad nacional que no se funda en las raíces ibéricas adoptadas en América Latina durante el periodo colonial.

Hacia el final del párrafo cuando habla de los libros de texto y su función como instrumento de penetración de influencia, Vasconcelos alude a la Doctrina Monroe —“América para los americanos”— porque expresa que los libros de instrucción primaria muestran una visión negativa de la colonización para crear un sentido nacional que se funda en una ideología inexistente en la realidad, la cual tiene por finalidad destruir la herencia española. Para entender mejor lo anterior resulta necesario ingresar un tanto al pensamiento teórico del hispanismo vasconceliano.

Así, el desdén por lo europeo, lo español y el empleo de palabras despectivas hacia el colonizador crean una imagen de la cultura nacional que no se funda en una realidad importante de su historia, sino que se construye a través del mito y el ideal perdido de civilizaciones como la azteca. Dicho rechazo a lo hispánico supone una aceptación total de lo americano, mas no solo de lo hispanoamericano, sino también de lo sajón. Es decir, implícitamente se acepta la Doctrina Monroe: Estados Unidos domina todo el continente desde el plano económico y también educativo.

Vasconcelos, igual que Alamán, consideró que la civilización llegó a América con la conquista española y no fue sino a partir del choque cultural que Hispanoamérica comenzó a crecer como sociedad, mas la guerra de independencia quebró el proceso de integración entre ambas culturas, lo cual desestabilizó al mundo latinoamericano y lo dejó a merced del país del norte con quien —desde entonces— sostiene una relación desigual. A su vez, la educación más que ayudar a recuperar el sentido de las raíces latinas, se inclina por las posturas norteamericanas (Vasconcelos 2002: 12).

En este sentido y desde la teoría criolla, América no es libre, nunca lo ha sido. Por ello piensa que la independencia lejos de ayudar a alcanzar una emancipación nacional, abandonó a los Estados hispanoamericanos al dominio de los Estados Unidos, el cual, desde que adquirió su autonomía no ha dejado de expandir su dominio, como se muestra a su vez, en la siguiente cita del *Ulises Criollo*:

La verdad era que de libertades no habíamos sabido nunca y que nuestra independencia dependía de las indicaciones de Washington desde que Juárez abrazó el monroísmo para matar a Maximiliano. Pero igual que los enfermos, los pueblos en decadencia se complacen en la mentira que les sirve para seguir tirando (Vasconcelos 2000: 50).

En concordancia con Alamán, Vasconcelos considera que la independencia de México es la ilusión de la autonomía, es el mito de un pueblo que se siente libre aun y cuando se encuentra subordinado a los intereses de Washington desde que Juárez mató a Maximiliano.

El autor autobiográfico advierte el error que supuso la guerra de 1810, pues la posible prosperidad que pudo haber logrado México junto a España, o incluso, bajo el mando del archiduque austriaco durante el episodio de intervención francesa se quebró en el

momento en que el político liberal buscó ayuda en el país del norte. La pretendida libertad se desgajó.

Además de estas claras referencias al pensamiento ideológico de Vasconcelos, a lo largo de toda la obra se incorporan diversas alusiones y comentarios desdeñosos respecto de la intervención norteamericana en los asuntos internos del país. A su vez, también se hacen menciones despectivas hacia aquellos mexicanos que observan en los Estados Unidos una ruta de prosperidad para México. Por ejemplo, en el capítulo “La Gimnasia” Vasconcelos denomina “traidores” a aquellos yucatecos separatistas que tras la independencia de la Península en 1841 intentaron incorporarse a los Estados Unidos, como se observa en la siguiente cita:

Ellos eran campechanos y yo era “gaucho” es decir mexicano arribeño, hombre de la meseta, poco amigo del agua y vagamente turbio en su trato. La fiesta nacional era para ellos el aniversario de la separación de Yucatán. La fiesta del quince de septiembre era la de los mexicanos. [...] Irritado mi patriotismo mexicano se volvía imperialista. – Si era necesario, por la fuerza retendríamos Campeche. ¿Qué iban a hacer ellos solos? ¿Pedir su anexión a Estados Unidos como lo hizo alguna vez Yucatán? ¿Resultarían ellos también traidores? El peligro yanqui, preocupación de mi niñez, no les afectaba. Ninguna idea tenían ellos de la vida fronteriza ni el intenso conflicto que provoca el vecino fuerte (Vasconcelos 2000: 115).

Sin entrar en muchos detalles la narración presenta la imagen de un joven niño que herido en su patriotismo critica a sus compañeros de escuela por no sentirse mexicanos, refiere el episodio separatista y elabora una serie de preguntas que aluden a la “traición” de aquellos que niegan a su propia patria en favor del vecino del norte: “¿Qué iban a hacer ellos solos? ¿Pedir su anexión a Estados Unidos como lo hizo alguna vez Yucatán? ¿Resultarían ellos también traidores?”.

El sentido de lo criollo se hace notar a través del uso del adjetivo “traidor” utilizado para referirse a los yucatecos y aludir también a los campechanos regionalistas, quienes en algún momento buscaron su anexión a Estados Unidos.³ A su vez, la frase “ninguna idea tenían ellos de la vida fronteriza ni el intenso conflicto que provoca el vecino fuerte” alude tanto a la difícil relación cultural como también a las formas tan peligrosas en que se permea la cultura sajona en México: ¿cómo unos jóvenes de secundaria podrían conocer la influencia norteamericana en la política nacional?

Cuando en la “Advertencia” Vasconcelos habla del “sajonismo que se disfraza del colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia”, recuerda la forma como la imagen del país vecino suele impresionar al ciudadano mexicano. El disfraz de la civilización se da propiamente en la idea del progreso en la ciencia y la tecnología que seduce a los jóvenes campechanos —y al mexicano en general— que poco o nada saben de la política imperialista yanqui y poco o nada conocen a la vez de su cultura.

3 En este pasaje Vasconcelos muestra una pequeña imprecisión de corte histórico: Yucatán no fue el estado que solicitó la anexión a los Estados Unidos, quién lo solicitó fue el gobierno de Campeche. Hacia 1841 la península de Yucatán se separó de México. Los estados de Campeche, Yucatán, Quinta Roo y Tabasco decidieron crear su propio gobierno hacia 1846. Después de un breve conflicto armado, el estado de Yucatán se reincorporó a la nación mexicana, mas el estado de Campeche no lo hizo, sino que, por el contrario, solicitó su anexión a Estados Unidos.

Así, la imagen del gigante imperialista va siendo denostada. Para Vasconcelos Estados Unidos es un país que a lo largo de la historia no ha ayudado a México, sino por el contrario, este se ha manejado por intereses propios, ha dominado la cultura y la política interna, sublevando a los países hispanoamericanos y en especial a México a través de su economía dominante y de su política pragmática.

El discurso antiestadounidense muestra un claro desdén por la política liberal y la forma en que las relaciones binacionales entre México y Estados Unidos se han desarrollado a lo largo de la historia. Vasconcelos recuerda a Alamán por ser —probablemente— el único ministro que se negó a establecer relaciones preferenciales con Estados Unidos y ser de los pocos políticos mexicanos que buscó acercarse más a los países del sur. Así, bajo la sombra de Alamán, bajo la idea del hispanismo, *Ulises Criollo* se ciñe de una ideología nacional propia de la cultura criolla.

2.2. La valoración política: Vasconcelos, juez de la Revolución

Apunta Jovilet que una lectura crítica de *Ulises Criollo* no puede prescindir del contexto bajo el cual se desarrolló la obra sin incurrir en falsas aproximaciones (Jovilet 2000: 761), pues esta muestra fuertes juicios hacia los acontecimientos ocurridos en las elecciones de 1929 y la forma en que se desarrolló la Revolución.

En lo que se refiere al fraude electoral, si bien los episodios narrados en *Ulises Criollo* no llegan hasta el evento histórico de 1929, este hecho se trasluce a través de referencias directas que critican las actuaciones del entonces presidente Plutarco Elías Calles. Ello se debe a que el texto se creó bajo un estado de crisis vital que no permitió deslindar la situación personal de la narración histórica y por lo mismo, Vasconcelos se autotitula juez de la Revolución y como tal, acusó a todo personaje histórico que a su juicio la traicionó o traicionó a Madero.

Por ello, aun y cuando Vasconcelos conoció a Calles después de haberse aliado con Obregón, ello no evita la crítica al hombre que fraguó el fraude electoral y lo condenó al exilio. Como se observa en la siguiente cita:

La rudeza mental, la ignorancia crasa se asomaban bajo la capa mundana. Le habían falsificado fama de enérgico, aureola de estadista; y no pasaba de un precursor de Plutarco Elías Calles, sin los antecedentes sanguinarios que hicieron al candidato obregonista un caso más repugnante. Me dolía el destino que la dictadura preparaba a la patria (Vasconcelos 2000: 274)

So pretexto de la descripción de un hombre ignorante y mundano llamado Don Jesús, Vasconcelos lanza una asidua diatriba al presidente Calles, quien es llamado sanguinario y dictador. El primer apelativo hace alusión a los episodios de la Guerra Cristera, evento que Vasconcelos criticó profundamente. Por su parte, la alusión a la dictadura hace referencia al poderío político que el “jefe máximo de la Revolución” obtuvo después de que fraguó la creación del Partido Nacional Revolucionario para las elecciones de 1929.

Si se recuerda un tanto la historia del PNR, se observa que este se fundó cuando Plutarco Elías Calles, en sus últimos meses como presidente, expresó la necesidad de unificar todas las fuerzas revolucionarias bajo la bandera del partido único.

A fin de evitar una revuelta nacional intentó encuadrar las diversas corrientes que deseaban el poder político y las alineó bajo su mando. Después de un breve conflicto armado que provocó una parte del ejército, Calles logró acordar con todos los revolucionarios el candidato a la presidencia que habría de enfrentarse a Vasconcelos: Pascual Ortiz Rubio, un político que al carecer de poder propio resultaba manipulable (Meyer Lorenzo 1993: 85).

Tras el fraude electoral, Ortiz Rubio se convirtió en el presidente electo, mas Calles, al ser la figura que unificó a los revolucionarios y al ser el presidente del partido, fue quien realmente mantuvo el poder. Así, desde su periodo presidencial (iniciado en 1924) hasta 1936 (cuando Lázaro Cárdenas lo expulsa del país) Calles gobernó México. De ahí que Vasconcelos hable de la dictadura aludiendo al carácter sanguinario de un hombre que se deshizo de innumerables enemigos a fin de mantener el poder por doce años.

Ese mismo resentimiento se hace presente en una crítica hacia las políticas mexicanas que favorecen a los yanquis aun a costas de lo mexicano:

De varios casos fui testigo y me satisfacía presenciar el triunfo del gachupín y la contradicción de la tesis corriente de la época sobre la superioridad casi sobrenatural del empresario yanqui. De no mediar el carransismo, que destruyó al nacional y al español, de no presentar en obra la política adoptada por Calles [...] que garantizan la propiedad del yanqui y dejan desamparados a los propietarios mexicanos y españoles, a la fecha, nuestro país, habría absorbido y devuelto el capital norteamericano (Vasconcelos 2000: 368).

En este episodio Vasconcelos comenta algunas de las políticas proestadounidenses que personajes como Carranza y Calles introdujeron en el país, las cuales, desde la visión vasconcelianano no solo no fortalecieron la economía nacional, sino que además la subordinaron al mercado extranjero, en lugar de ser productores de capital nos convertimos en consumidores del producto sajón.

Por otro lado, Vasconcelos como juez de la Revolución no solo se dedicó a juzgar y criticar las actuaciones de Carranza y Calles, Porfirio Díaz, Victoriano Huerta y Félix Díaz, también reivindicó la figura de Madero y su actuación como presidente:

Al firmar los pactos de Ciudad Juárez, que procuraban contener el bandidaje en que degeneran las revoluciones prolongadas, Madero se liberó de la responsabilidad de cuanto vino después. La responsabilidad corre entera a cargo de los que traicionaron y los que mataron a Madero, en primer término y en segunda cuenta a Carranza que deliberadamente por su ambición de domino, convirtió una revolución de ideas, en competencia canibal de politicastros incondicionales y bandidos analfabetos (Vasconcelos 2000: 434).

Mientras se narra el episodio histórico de la firma de los pactos de Ciudad Juárez —en donde Díaz renuncia definitivamente al gobierno—, se comienza a hilvanar en la narración un juicio valorativo al respecto del fracaso de la Revolución, la cual derivó en “una competencia canibal de politicastros incondicionales y bandidos analfabetos”.

Es conocido por la historia que una vez que Madero subió a la presidencia de la república, muchas de las exigencias sociales y agrarias no pudieron ser cumplidas del todo; la desorganización del país —producto de la primera fase del conflicto— provocó que antiguos revolucionarios se levantaran nuevamente en armas contra el presidente

antirreeleccionista, como sucedió con Zapata, quien —al no estar de acuerdo con el litigio de las tierras propuesto por el nuevo presidente— proclamó el Plan de Ayala en 1911. Ello dejó una impresión de Madero como hombre débil. Mas ante tal percepción, Vasconcelos reivindica al personaje histórico a través de una imagen de honestidad, liderazgo y rectitud. El problema en el que derivó el movimiento armado no fue culpa de Madero —según Vasconcelos—. La desorganización y la prolongación de la lucha hasta casi los años veinte se debió a las intrigas en contra de este: la conspiración reyista y huerista primero y las actuaciones de Carranza después.

Esto, a su vez, puede observarse en la siguiente cita:

Así tampoco es justo acusar a Madero de que *cayó por débil*. Mucho más fuerte que otros que han perdurado, Madero humilló a sus enemigos en el campo de batalla y en pugna superior de la moral contra el delito. Acabó con él un cuartelazo que es, como si dijéramos, el retorno a la barbarie. Los manes aztecas tomaron revancha del Quetzalcóatl blanco que abolía los sacrificios humanos. Eso fue todo Vasconcelos (2000: 492).

Los juicios de Vasconcelos, así como la metáfora aquí presentada, muestran una clara intención de persuasión que desarticula la mitificación de los héroes revolucionarios, pues en la cita se comparan los ritos aztecas —calificados de barbáricos— con el cuartelazo de Huerta.

Como ya se expuso al respecto del pensamiento hispánico de Vasconcelos, este considera que la civilización llegó a México al momento de la colonización; por ello los sacrificios humanos son ejes centrales de la crítica hacia el asesinato de Madero a manos del entonces secretario de Guerra. La frase “los manes aztecas tomaron revancha del Quetzalcóatl blanco que abolía los sacrificios humanos” alude al proceso de conquista en donde los españoles, es decir, “los dioses blancos”, trajeron una nueva era de humanidad. Mas la barbarie regresó al país cuando los espíritus aztecas (encarnados en las figuras de Huerta y Félix Díaz) regresaron a aniquilar la civilización que se construyó en México a partir de la derrota de Tenochtitlán.

El episodio histórico de la Decena Trágica tal y como la narra Vasconcelos presenta una gama de dibujos metafóricos y apuntes sarcásticos que van demarcando una tendencia en el pensamiento del lector, Huerta es presentado como un demagogo, ignorante y borracho que ya desde su primer discurso presidencial muestra su incapacidad para gobernar el Estado, como se observa en la siguiente cita:

Ahora fue Victoriano Huerta quien salió al Balcón. Las campanas de la catedral, prevenidas por sus secuaces, lanzaron repiques de triunfo, lograron reunir alguna gente que se acercó curiosa y tímida. Huerta borracho, “discursó” a la plebe. Se había hecho cargo del poder. Salvaría a la patria. Bajarían los precios del pan y la cebolla (textual). El pueblo estaría contento (Vasconcelos 2000: 572).

Con un dejo de sorna se pinta una imagen del “asesino de Madero” devastadora. En esta narración sobre el primer discurso del secretario de Guerra como presidente, Vasconcelos hace burla del personaje histórico: “lanzaron repiques de triunfo”, “Se había hecho cargo del poder”, “el pueblo estaría contento”. A estas frases de alabanza sobre la labor del cuartelazo, se añade el adjetivo de “borracho” para demeritar el discurso. La

burla se hace presente a partir de un doble juego: por el lado de Huerta, el discurso se presenta bajo una idea de triunfo y salvación —gracias a él se había salvado al pueblo del gobierno de Madero: “El pueblo estaría contento”—, a su vez, desde la perspectiva de Vasconcelos, el secretario de Guerra no es más que un ser borracho e ignorante que enfermo de poder creía haber realizado un acto noble. El discurso, tal y como lo refiere Vasconcelos, ridiculiza la figura histórica, pues la frase “bajarían los precios del pan y la cebolla (textual)” habla de una demagogia y un populismo producidos por un hombre ignorante.

Los juicios políticos e históricos presentes en el texto dotan a la obra de una visión desencantada. Vasconcelos recrea los episodios de su memoria para comunicar una perspectiva personal de aquellos héroes de la patria que en lugar de salvarla, la introdujeron en una nueva ola de barbarie y desorganización. La lucha armada, lejos de modificar para bien la situación social la empobreció.

Cada juicio, cada comentario despectivo construye una perspectiva nacional que unida a imágenes desastrosas, intenta dotar al lector de una visión distinta de la Revolución, una perspectiva que refiere la actitud ignorante, sanguinaria y servil de los llamados héroes.

A través del uso exacerbado de adjetivaciones, Vasconcelos refiere la perspectiva ideológica de un criollismo que trasciende la misma temporalidad histórica narrada en la autobiografía, lo cual permite actualizar el discurso político porque desde un presente de lectura, se recuerda que la relación hegemónica y desigual de México y Estados Unidos que Vasconcelos tanto criticó, aún perdura.

Bajtín, respecto de la autobiografía clásica de tipo retórica, advirtió que el género cuenta con una conciencia pública justificativa porque dichos textos:

[...] no eran obras literarias de carácter libresco, aisladas del acontecimiento socio-político concreto y de su publicidad en voz alta. Al contrario, estaban totalmente determinadas por el acontecimiento, al ser actos verbales y cívico-públicos de glorificación pública o de autojustificación pública de personas reales (Bajtín 1989: 284).

En el “El cronotopo en la novela” explica que la autobiografía y la biografía clásica solían ser recitadas en el ágora y respondían a una concepción social del mundo en donde no existía la noción de lo privado y, por lo mismo, eran comunicaciones de corte histórico-políticas dirigidas a los ciudadanos de la polis, quienes podían o no, aceptar los discursos.

Si bien el género varió a lo largo del tiempo —se introdujo la noción del yo y su autoexploración, a la vez que el cronotopo también cambió⁴— aún hoy persisten diversas autobiografías y memorias que hacen gala del sentido público, pues estas se escriben para ser leídas. Es decir, presentan una visión personal de la vida y la historia del autor con la finalidad de crear una imagen de sí mismo que se encuentra orientada a imprimir una

4 El cronotopo también es muy distinto entre una autobiográfica clásica y una actual. Refiere Bajtín que en la autobiografía clásica el cronotopo es muy importante porque la biografía y la autobiografía al ser orales se ubican en un tiempo real. En este contexto, el cronotopo en una autobiografía escrita es muy distinto al que se presenta en el ágora, pues responde a otros fenómenos comunicativos y temporales.

idea del yo (autobiógrafo) en un otro (el público lector). Dicha imagen, aunada a diversas acciones y acontecimientos históricos, busca justificar episodios pasados a fin de infundir una perspectiva —sescgada y personal— de los hechos en ese otro, quien mira o puede mirar con condescendencia al escritor. Es decir, adopta la justificación presentada en la obra.

Vasconcelos no es una excepción. A través de la imagen de Alamán y del ideal criollo, el autor va construyendo su ideología a fin de comunicarla al lector y guiarlo hacia una perspectiva personal de los acontecimientos narrados. La visión de lo público, lo político y la justificación histórica, se hacen presentes en el *Ulises Criollo* a través de ideologías, perspectivas, críticas y reivindicaciones, pues Vasconcelos:

[...] evoca el pasado a través de páginas exacerbadas, de pluma rápida, adjetivo pronto y decidido a expresar “su verdad”; se convierte en líder o ideólogo de la derecha en México y, a través de juicios condenatorios, asume los signos del Ángel Exterminador, el del profeta y el de juez de la historia de una revolución [...] (Robles 2001: 11).

Con la construcción de imágenes catastróficas de la Revolución Mexicana, tal pareciera que el autor utilizó su obra para descargar la desilusión que le provocó el resultado del movimiento armado. Parece intentar liberarse el rencor producido por el resultado electoral de 1929 y motivar un nuevo movimiento político que permita desarticular los hechos históricos por él evocados, como lo refirió en una entrevista hecha por Carballo en donde a la pregunta ¿qué razones lo movieron a escribir los cuatro tomos de su autobiografía, mejor, de sus memorias? Respondió:

La mala suerte engendra toda literatura. Escribí mis libros para incitar al pueblo contra el gobierno. Me creyeron un payaso. Escribir es hacer justicia. No quería séquito literario, quería gente armada ¿Qué escritor que en verdad lo sea no es un político? El que ignora la política está perdido; igual le ocurre al que se evade de la realidad (Carballo 2008: 5).

Esta reflexión, si bien se realizó muchos años después de haber culminado el proceso de escritura, concuerda perfectamente con las tenciones discursivas presentadas en la obra, pues tales tensiones fraguan un discurso ideológico que demarca un ideal político y social muy distinto al que ha existido en México a lo largo de la historia: el ideal de una unidad de intereses hispanoamericana que contrarreste el imperialismo sajón.

El lector, al escuchar y asumir la voz del profeta, es invitado a retomar el camino de Vasconcelos para actuar en la política nacional y repetir ese discurso criollo como un fiel seguidor de Vasconcelos, escuchando su verdad y enardeciéndose con ella. Esto, siempre que entienda la advertencia política inscrita en la obra, como ya lo refirió Vasconcelos en el “Preámbulo” de *La tormenta*:

La verdad es un lujo de caracteres desesperados y de naciones fuertes. Y no hace falta gritarla a los desahuciados. La carta que me juego con este libro es, por lo mismo, dudosa. Si México habrá de sacudirse, algún día, por obra de generaciones de más firme estofa que las actuales, ellas sabrán agradecer la desolladura que infero al cuerpo llagado de la patria. Si nuestro destino colectivo ha de ser el mismo de los mexicanos de los territorios perdidos del cuarenta y siete, *fellash*, sin conciencia de su desventura, entonces no habrá jamás quien comprenda la advertencia que clama en mis escritos. [...] ¿Contaré alguna vez de cuando fui *Prometeo*,

encadenado en Guaymas, prisionero de quienes debían haberme prestado su apoyo, víctima de las fuerzas que se han propuesto destruir la ciega de los mexicanos...? Hace tiempo que me repito como estribillo: ¿Para qué seguir hablándole de salud a los incurables? Profeta, en el sentido lato, es quien anuncia la los pueblos la verdad y la injusticia. Y hay momentos en que el profeta, por respeto a sí mismo ha de callar. Pues no merecen profetas los pueblos que escuchan la verdad y no se apasionan con ella (Vasconcelos 2007: 9-10).

Frente a la realidad histórica de “politicastos” ignorantes y corruptos, Vasconcelos da vida al *Ulises Criollo* como un naciente documento político, como un nuevo llamado revolucionario. Más allá del pasado evocado, la autobiografía se configura bajo un discurso social e ideológico que velado tras la anécdota histórica, está convocando a los jóvenes para que transformen su entorno social, los llama a ser hombres de más firme estofa y les pide que actúen en la política.

Bibliografía

- De Man, Paul (1984): “Autobiography as de-facement”. En: De Man, Paul: *The Rhetoric of Romanticism*. New York: Columbia University Press, pp. 67-81.
- Bajtín, Mijail (1984): “El cronotopo en la novela”. En: Bajtín, Mijail: *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, pp. 237-409.
- (2005): “El problema de los géneros discursivos”. En: Bajtín, Mijail: *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, pp. 248-293.
- Carballo, Emmanuel (2008): *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Porrúa.
- Genette, Gérard (2001): *Umbrales*. México: Siglo XXI.
- Jovilet, Anne-Marie (2000): “*Ulises Criollo* en su camino de enunciación”. En: Vasconcelos, José: *Ulises Criollo*. Ed. crítica de Claude Fell. San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica, pp. 674-712.
- Magaña Esquivel, Antonio (2000): “Vasconcelos y la novela de su vida. Forma interior y técnica en Vasconcelos”. En: Vasconcelos, José: *Ulises Criollo*. Ed. crítica de Claude Fell. San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica, pp. 904-913.
- Méndez Reyes, Salvador (1996): *El hispanoamericanismo de Alamán (1823-1857)*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Meyer, Lorenzo (1993): “La Revolución Mexicana y las elecciones presidenciales. 1911-1940”. En: González Casanova, Pablo (coord.): *Elecciones presidenciales: evolución y perspectivas*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 69-99.
- Pozuelo Yvanco, José María (2006): *Sobre la autobiografía: Teoría y estilos*. Barcelona: Crítica.
- Robles, Martha (2001): *Entre el poder y las letras: Vasconcelos en sus memorias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Stoopen Galán, María (2005): *Los autores, el texto, los lectores en el Quijote*. México: Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vasconcelos, José (2000): *Ulises Criollo*. Ed. crítica de Claude Fell. San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- (2004): *La Tormenta, segunda parte de Ulises Criollo*. México: Trillas.
- Weinberg de Magis, Liliana (2000): “La cicatriz de Ulises”. En: Vasconcelos, José: *Ulises Criollo*. Ed. crítica de Claude Fell. San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica, pp. 713-731.